

***El sí de las niñas.* Leandro Fernández de Moratín**

Cuestiones.

a) La comedia moratiniana constituye un paradigma de la comedia neoclásica ilustrada.

Indique los rasgos temáticos y formales que lo corroboran.

b) Haga una breve semblanza de los cuatro personajes principales y comente sus relaciones.

c) Reflexione sobre el desenlace de la comedia y justifique por qué no se vulnera el principio de autoridad paterna sobre la elección de cónyuge.

a) Enumeraré primero los principales rasgos definitorios de la comedia neoclásica ilustrada, inspirada en la comedia francesa, como son:

—El fin moralizante. El propio Moratín lo dejaba claro con estas palabras: “La comedia será tal que resulten puestos en ridículo los vicios y errores comunes en la sociedad y recomendadas por consiguiente la verdad y la virtud”.

—La comedia ha de sujetarse a la verosimilitud y el decoro poético.

—Ha de seguir fielmente la regla de las tres unidades que exigía la normativa clásica.

—Principalmente ha de escribirse en prosa, como referente del lenguaje sencillo y natural de los personajes.

—En una vertiente importante, se ridiculizan tipos y costumbres de la época.

Leandro Fernández de Moratín, como dramaturgo más destacado de esta tendencia y de este periodo, compuso varias comedias de corte neoclásico, entre ellas *El sí de las niñas*, considerada el paradigma de esta clase de obras. Compuesta en los albores del s. XIX, se representó en 1806, con clamoroso éxito de público.

De sus características principales, cotejadas con las expuestas más arriba, referidas a la comedia neoclásica, podemos comprobar:

Su fin moralizante, totalmente acorde con sus palabras transcritas, y la crítica sin paliativos de un tipo de educación y sometimiento de los hijos a los padres, que conducía al error irreparable del casamiento aberrante; es una crítica directa a una ley dictada por Carlos III en 1776, por la que se obligaba a los hijos a obtener el consentimiento paterno para contraer matrimonio.

Reprueba también Moratín la mojigatería religiosa, encarnada en el canónigo y las religiosas educadoras de doña Francisca. Y hace una defensa del individuo frente a los imperativos sociales y la tiranía de la conveniencia.

La comedia se ajusta con precisión a la verosimilitud, tanto el ambiente de la posada como las conversaciones, actitudes y reacciones de todos los personajes son perfectamente creíbles.

En cuanto al decoro, sobre una general concordancia entre personajes y actuaciones, ha habido polémicas en torno a una cierta sumisión en don Carlos hacia su tío, que algunos críticos han considerado no muy acorde a su condición de militar condecorado por su valor, pero que los más han rebatido, amparándose en un parentesco (don Diego es casi un padre para don Carlos) que justificaría los acatamientos del sobrino.

La obra está escrita totalmente en prosa y el lenguaje de los personajes es bastante sencillo, salpimentado con dichos y refranes populares. Es decir, fiel observante de la norma de la comedia neoclásica en dicho sentido. Como lo son la exposición y el desarrollo gradual y verosímil del conflicto.

En lo tocante a las Unidades, la acción tiene lugar desde las siete de la tarde de un día hasta las cinco de la mañana siguiente, y toda ella se desarrolla en una posada de Alcalá de Henares, así que, las reglas de Tiempo y Lugar son cumplidas con escrupulosidad; también la de la Acción, pues toda ella gira en torno al único tema del casamiento arreglado entre doña Francisca y don Diego, que se frustrará al final por la renuncia de éste.

Y, finalmente, en los tipos, tan característicos como el del viejo rico y el sobrino militar; la niña sumisa y casadera; su madre ansiosa de arreglar un matrimonio de conveniencia y los arquetípicos criados, vemos cumplida la última de las características enunciadas para la comedia neoclásica.

b) Los cuatro personajes principales de la comedia moratiniana son:

—Don Diego, viejo rico y algo presuntuoso, que empieza creyéndose todavía en condiciones de hacer feliz a una esposa, poco más que una niña, que se ha mantenido enclaustrada tras las paredes del convento, lo que le hace presumir que no haya conocido hombre antes de él, ni haya sido requerida de amores. En esto denota ya una cierta duda en sus capacidades amorosas, al creer no tener así que competir con rival más joven, también lo denota el empeño en querer oír de labios de la niña su aceptación de buen grado de dicho enlace; duda que desembocará en el cambio de actitud final y en sus dicerios hacia esa educación que obliga a las jóvenes a simular, si no mentir, sus sentimientos y

deseos; ideas expresadas con claridad en su corto monólogo de la escena VIII del acto III, después de la aceptación de Paquita a ser su mujer y su confesión de que esto la va a hacer infeliz de por vida.

Al comienzo se trasluce el egoísmo en su deseo, pues por los comentarios que le hace a Simón, la quiere más como ama, para que le lleve la casa, que como una esposa en pie de igualdad. Pero esta actitud va cambiando a lo largo de la obra, para terminar convencido de su error y renunciando a su derecho de reclamar el cumplimiento de la palabra dada por doña Irene de entregarle la mano de su hija.

Don Diego hace patente al final su bonhomía, no exenta de algún toque de humor, como cuando dice al final de la escena I del tercer acto: “No; no hay barbero que sepa hacer eso, por muy bien que afeite”, refiriéndose a la música que entraba por la ventana de la posada. Y que no duda en reconocer su error al final de la escena VIII de este tercer acto con estas inequívocas palabras a doña Francisca: “Lo demás todo ha sido [...] una equivocación mía, y no otra cosa. Pero usted, ¡inocente!, usted no ha tenido la culpa”.

—Don Carlos, sobrino agradecido para con su tío, pues es quien le ha criado y dado educación, está dispuesto a renunciar al amor de su vida, incluso llega a sugerirle que buscará la muerte en campaña, pues con dicha renuncia tiene ya muerta el alma; pero acata la voluntad de su pariente y mentor y ya va saliendo de Alcalá cuando le hace volver su tío.

Encarna las virtudes caballerescas, casi renacentistas, pues en algunas escenas llega a hablar como lo haría el perfecto caballero. Reniega del dinero (escena IX, acto II), que, según sus palabras, tantos desórdenes origina.

Expresa sus pensamientos y sus dudas en el monólogo hamletiano de la escena IV del acto tercero, y se enfrenta a su tío, quizá su única rebeldía antes de dejarle el campo libre, en la escena más patética de la obra, la escena X del último acto, cuando le dice:

Usted celebrará las bodas cuando guste [...] pero yo he sido el primero, el único objeto de su cariño, lo soy y lo seré... Usted se llamará su marido, pero si alguna o muchas veces la sorprende, y ve sus ojos hermosos inundados en lágrimas, por mí las vierte... No la pregunte usted jamás el motivo de sus melancolías... Yo, yo seré la causa...

Los críticos, como comenté en el primer punto, han discutido sobre este acatamiento en un oficial de valor probado, pero la determinación a salvar a la novia, antes de saber que el pretendiente era su pariente, las dudas posteriores expresadas tras saberlo y el sentido del deber filial con su tío, que

termina imponiéndose, hacen más que verosímil su renuncia, aunque le llegue a costar la vida al ir a buscar la muerte en campaña.

—Doña Irene, la madre, es la figura antipática de la obra, aun en concordancia con la forma de entender la autoridad paterna de aquella época. Piensa más en su propio interés al obligar a su hija a un casamiento desigual e incomoda a todos por una u otra causa: a su hija, con la boda; a don Diego, no dejándole hablar (llega a exclamar tras su enfrentamiento final con ella, que no cree que su hija tuviera otro enamorado anterior, “esto sucede a quien se fía de la prudencia de una mujer.”); a Rita con sus órdenes contradictorias, etc.

Pondera su propio matrimonio a muy temprana edad, aunque luego deja traslucir un cierto desapego hacia su marido, no tan sano como lo pintaba, y del que enviudará a los siete meses, y del que don Diego con ironía llega a dudar como padre de un hijo póstumo.

Le vende el matrimonio con don Diego a su hija apoyándose en cimientos banales, casi sórdidos, como que tiene la casa muy limpia, o una gran batería de cocina y mucha ropa blanca.

Se muestra a veces contradictoria con su hija a la que en muchas escenas le proclama su amor y le dice que sólo mira por su bien, para luego llegar a amenazarla, en la escena V del acto II, con matarla a golpes si llegara a tener otros amores; y al final de la obra, cuando ya no puede negar la evidencia, tiene que salir don Carlos a protegerla, pues se iba hacia ella con actitud amenazante.

Encarna en su persona todo lo que Moratín pretendió criticar con su comedia y se va achicando a la par que se engrandece don Diego.

Al final claudica ante la evidencia de un cambio de marido no del todo desventajoso y coadyuva a su final feliz.

Doña Francisca, es la víctima inocente de la comedia, la que mueve a complicidad o compasión. Vemos su resignación a aceptar la injusticia, y la ocultación de su dolor, tanto a su madre como a don Diego, durante más de la mitad de la obra, hasta que tras muchas insistencias del anciano, reconoce que esta aceptación la hará infeliz. Vemos truncadas todas sus esperanzas puestas en don Carlos, del que incluso ignoraba su verdadero nombre. Vemos su angustia y su disimulo para no contrariar a su madre, a la que quiere a pesar de todo. Y la vemos rodando hacia esa sima que supone el matrimonio desigual, y nos compadecemos de ella.

Llega a dudar de don Carlos, creyéndole capaz de abandonar el combate por su mano y suponiendo en boca del amado estas palabras desencantadas y terribles: “¡Hay tantas mujeres!

Cásenla... Yo nada pierdo... Primero es mi tranquilidad que la vida de esa infeliz”; y concluye pidiendo perdón a Dios por haberle querido tanto.

Expone en el monólogo introductorio del acto II, como lo hace don Carlos en el III, sus pensamientos e ideas acerca del amor: “... que no sé lo que es amor... Sí, diecisiete años y no cumplidos; pero ya sé lo que es querer bien, y la inquietud y las lágrimas que cuesta”. Espléndido resumen de lo que será su papel en la obra, patético hasta el último momento, cuando explota el final feliz.

c) El desenlace es totalmente conforme con las ideas de Moratín acerca del valor didáctico que la obra escrita ha de conllevar en sí misma y con el feliz desenlace de la comedia, en contraste con los tremendos finales de las tragedias de la época.

Así, el escritor nos hace reflexionar sobre el tipo de educación, una educación que exigía la obediencia ciega y la negación de la propia personalidad en aras de la conveniencia familiar. Y una educación que, por lo tanto, primaba el disimulo, y hasta la mentira, con tal de mantener unas convenciones absurdas y castradoras las más de las veces. Así, el escritor nos inclina a comulgar con sus ideas, mostrándonos la injusticia que se cierne sobre doña Francisca, y el distanciamiento y el dolor que ello conllevaría entre madre e hija y entre tío y sobrino.

Pero el principio de obediencia filial estaba muy arraigado en la sociedad de su tiempo, incluso sancionado por ley regia; así pues, Moratín evita romper este principio en su obra, lo que le hubiera podido acarrear disgustos con la censura. Y ¿cómo lo evita? Pues liberando la obediencia de doña Francisca hacia su madre gracias a la renuncia de don Diego a su derecho a tal enlace a favor de su sobrino. Sacrificio del anciano que procura el final feliz, contentando a todos, incluso a doña Irene, sin contravenir el criticado derecho de obediencia ciega debida por los jóvenes a padres y tutores.